

Juan Rejano

EL RIO Y LA PALOMA

Suplemento de Ecuador 0° 0' 0"

México, febrero, 1961

COLOQUIO DE LOS RIOS  
(Fragmento)

Mira, hermano, estas sienas, de antiguos vegetales,  
este cuerpo, esta blanca cabellera extendida,  
donde anidan profundas noches elementales,  
la frente de la especie, de centellas partida.

Mira, mira estos ojos, de cristales transidos,  
donde tiembla la piedra, los hogares primeros,  
los toros como ardientes cometas sorprendidos,  
la voz de los pastores con lumbre de guerreros.

Aquí suena la infancia de la sílaba, el llanto  
de un idioma, de un pueblo, la esparcida osamenta  
de las razas más duras que originó el espanto,  
la ceniza del nómada ahogado en la tormenta.

Aquí vibran las horas virginales, la llama  
que encendió la inocencia. Aquí crece el jinete  
sobre el potro de fuego, y la oración inflama  
al hereje y al mago. Todo aquí se somete

a la pasión fecunda, y la ley, que ha nacido  
de esta lustral orilla, llora sangre de hermanos,  
porque el mundo ha brotado con un pulmón herido  
y hay lobos con las garras comidas de gusanos.

Yo guardo en mis entrañas la piel con que vistiera  
el cazador sus carnes, la semilla doliente  
del sacerdote antiguo, los panales de cera  
que labró en el regazo de esta tierra el candente

sueño de las conquistas. Aquí la toga vuela  
junto a la clava informe, la frente de alabastro  
sobre el hirsuto miembro, la muerte se desvela  
y enarbola el desierto su mutilado astro.

Nacen arcos triunfales, se desbocan legiones,  
los castillos dibujan su almenada prudencia  
y hay espadas que rugen lo mismo que leones  
y leyendas bordadas de lirios de inocencia.

El peregrino duerme, mudados en estrellas  
el bordón y las conchas. Van surgiendo ciudades  
donde el polvo reinaba, y alza el alma las huellas  
de un mundo de invenciones que cubre las edades.

Gime la sinagoga, la iglesia se arrodilla  
y la mezquita enlaza tres signos suplicantes  
y el lejano secreto que en el cometa brilla  
viene a abrirse en un árbol de palabras radiantes.

Desde la tierra sola al habitante erguido,  
desde la furia al éxtasis, desde el agua a la espiga,  
han medido mi sangre los siglos y he perdido  
mi razón por un sueño, un duelo, una cantiga.

Mira este cuerpo, hermano: hecho está de invasiones,  
Mira estas manos: tiemblan de gritos sofocados.  
¿Qué han hecho de mi estrella los nuevos centuriones?  
¿Por qué a la roca clavan mis huesos calcinados?

¿Por qué, por qué esta lívida comunión de rencores,  
este lento sumando de asfixias concebidas?  
¿Cuándo el hálito humilde congregando fulgores?  
¿Cuándo la rosa unánime que cierre las heridas?

1945